



Cummings Pinx. N. A.

Chissey del.

... y admirada  
... con una flor hemo-  
... tranquila en el jardín de la  
... que un día harto de que se  
... por el fuego abra  
Un destino irresistible  
rudo para esta inocencia  
la desventura.  
Era una





## LUISA.

**L**UISA . . . jóven encantadora, de diez y ocho años, reunia á los atractivos de la hermosura, mucha gracia en sus modales y una educacion esmerada, que habia recibido en el hogar paterno. Llena de comodidades, amada tiernamente de sus padres, y admirada de cuantos la rodeaban, era una flor hermosa, que se mecia tranquila en el jardin de la vida; pero que un dia habia de caer marchita por el fuego abrasador de las pasiones. Un destino irresistible y ciego tenia preparado para esta inocente jóven todo el peso de la desventura.

Era una noche de Diciembre: la luna deramaba su pálida luz sobre la tierra, ofuscando el débil resplandor de las estrellas, que tímidamente brillaban, como no queriendo rivalizar con su soberana. Soplaba un ligero viento, aunque frio y penetrante, como lo requeria la cruda estacion del invierno. En el corredor de una casa particular del centro de México, se hallaban dos jó-

venes casi de igual edad, sentadas en un sofá corriente, respirando el aroma de las pocas flores que habian quedado por el rigor del tiempo. Una era Luisa \*\*\*: tenia el pelo suelto, y llevaba un vestido de lino blanco, cuyas anchísimas mangas, segun la moda de la época, cubrian sus blancos y bien torneados brazos. Su amiga sostenia á Luisa entre los suyos, y ámbas permanecian en silencio. Al fin lo interrumpió Laura, que este era su nombre.

—Es lo primero que veo, Luisa, que una jóven lllore la víspera de contraer un enlace feliz.

—Y si tal enlace es deshonoroso, ¿tendrá la jóven razon para llorar?

—¿Y por qué lo ha de ser?

—Yo lo sé.

—Pues yo sé lo contrario, á no ser que esté equívoca en el concepto que me he formado de Eduardo.

—No, no estás equívoca, es un....ángel....no lo merezco; y al decir esto, Luisa soltó á Laura, y sus megillas se encendieron.

—Admiro tanta modestia; pero, dime: ¿por qué no mereces á Eduardo?

—Porque es virtuoso, es....

—Y tú, ¿qué eres? Cada vez me dejas mas admirada: estoy por creer que mañana, en lugar de dar tu mano á Eduardo, tomas el hábito en un convento.

—Las esposas de Dios son inocentes.

Luisa no pudo continuar; los sollozos la embargaron, y se abandonó al llanto.

—¿Qué significa eso? ¿Renuncias el enlace?

—Lo renuncio.

—¿Cómo! ¿Qué hablas?

—Lo que oyes.

—Tú te chanceas.

—¿Me chanceo! ¿Y estas lágrimas? ¿Y este temblor convulsivo de mi cuerpo?

—Me confundes, Luisa querida, al paso que me atormentas. Pero si soy tu amiga, me atreveré á preguntarte por qué es esa resolucion tan intempestiva.

—Intempestiva no, que hace algun tiempo ecsiste en mi corazon.

—¿Y por qué no la has manifestado? Eres muy cruel, Luisa; sí, muy cruel, porque vas á hacer infeliz á Eduardo, y sin razon.

—En cuanto á lo primero, mas infeliz seria si se enlazara conmigo, y cuanto á lo segundo, tengo motivo, y suficiente, para renunciar su mano, ó mejor dicho, para hacerlo que él renuncie la mia; me falta la resolucion, es cierto; pero....algun dia....y mas vale pronto....mañana mismo. Le volveré sus ricas donas, y procuraré olvidarlo....¡Ah! Eduardo, tú sabrás si te amaba la desgraciada Luisa con todo su corazon;

ojalá estas lágrimas pudieran borrar la memoria de aquel día.... ¿qué iba á decir?.... Eduardo, sé feliz, aunque yo muera.

Luisa volvió de nuevo á entregarse al llanto. La luna llegaba á la mitad de su carrera, sus blanquecinos rayos iluminaron el rostro de Luisa, bañado en lágrimas.

## II.

A la mañana siguiente, se encontraban Luisa y Laura en una reducida, aunque lujosa estancia. Luisa estaba pálida, sus ojos encendidos, porque habia llorado mucho, y sus labios secos y descoloridos. De cuando en cuando volvía la vista hácia la puerta, y se notaba un temblor involuntario en sus miembros. Laura estaba en pié, como meditando alguna cosa. El toque de una campanilla las sacó de su arrobamiento. Luisa palideció totalmente, y Laura, con voz trémula, la dijo: Dios te dé ánimo, amiga idolatrada; pero mira por tu felicidad y la de tus padres; será un golpe horrible.

—Retírate.... amiga, dijo Luisa con voz desfallecida.... pero no, no me dejes sola...

—Es preciso, Luisa.

—No me hallo con fuerzas.... ¡Dios mio!

—El se acerca; Dios te acompañe.... valor y firmeza, ya que así lo quieres.

—¿Pues qué, me queda otro recurso?

—Recuerda mis reflexiones.

—¡Pero un engaño! no puede ser.

—Ya llega.... Adios, Luisa. Valor.

Salió Laura al tiempo que entraba un jóven como de veinte y cinco años. Su fisonomía era espresiva, sus modales llenos de urbanidad, y su traje elegante.

Al entrar, Luisa ocultó el rostro con su pañuelo, y se reclinó en el almohadon del sofá.

—Luisa mia: ¿por qué te veo en este estado? ¿Estás enferma?

—No, Eduardo, respondió Luisa con voz dulce, no tengo sino una ligera indisposicion.

—Lo creeré, si tú te empeñas; pero la palidez de tu rostro me indica algo mas de ligera indisposicion.

—Verás como pronto me restablezco.... en el sepulcro.

—No pienses en eso, sino en que esta noche te recibo por esposa.

—No lo creas, Eduardo.... nunca....

—¿Qué dices?

—Que nunca seré tu esposa.

Atónito quedó Eduardo, sin saber qué responder.

—Mas, ¿por qué, Luisa idolatrada, te complaces en acibarar mi dicha?

—Mira, Eduardo: dolores hay que es preciso sentirlos para comprenderlos, y éstos no tienen mas que un remedio; la muerte. Tal

es el dolor horrible, agudo, infernal, que me destroza.... Huye, Eduardo virtuoso, huye de la desgraciada Luisa.... sé feliz.... pero no pretendas que yo sea tu esposa.... porque.... no puede ser, Eduardo. Yo te devuelvo tus regalos de donas; solo me quedo con el anillo que me diste.... y con tu imagen....

Imposible seria describir el efecto que estas palabras causaron en Eduardo. Un sudor frio corria por su cuerpo, no se podia sostener en pié, y casi desfallecido, se dejó caer en el mismo sofá en que Luisa estaba, así como él, pálida, desfigurada, y llorando amargamente.

Despues de un rato de silencio, dijo Eduardo:

—¿Me dirás, Luisa mia, cuál es la causa de esa resolucion?

—Sin detenerme, aunque muera. Oye, Eduardo: hace dos años que conocí á un jóven, que me habló de amor, primera vez que yo escuchaba este lenguaje, y yo.... creyendo sus promesas, le entregué mi corazon. Así pasó algun tiempo; mi amor hácia él era inocente, porque era el primer amor de una jóven de diez y seis años. Yo me dejaba guiar tan solo por la fuerza de mi pasion, y así fué que no conocí que comprometia la dignidad de mi secso. Mi amante, entre tanto, aprovechándose de mi irre-

fleccion, me halagaba con repetidos juramentos de ser mi esposo, siempre que mis padres dieran su consentimiento.... Pero.... como he dicho, él me amaba, ó al ménos me lo decia.... yo lo adoraba.... con locura.... y.... huye, Eduardo.... ya todo lo sabes, yo no te puedo engañar. Busca una jóven que aun conserve su virtud; corre, Eduardo infeliz, abandóname.....

Luisa quedó desfallecida.

Eduardo nada sentia; las venas de su frente parecia que le reventaban. Su cuerpo se agitaba con un temblor convulsivo. Escuchó la relacion de Luisa sin moverse; despues fijó en ella sus ojos encendidos; tenia los lábios contraidos, y el cabello erizado. Despues de un rato, se calmó su agitacion, y tomando una mano á Luisa, le dijo: Dime el nombre de ese seductor.

—Es inútil, porque ya no vive.

—¡Ya no vive! murmuró Eduardo, y volvió á encenderse su rostro.

Al cabo de un momento, estrechó en sus brazos á Luisa, y con voz sofocada por el llanto, le dijo: Te perdono; serás esta noche mi esposa.



### III.

Un año había pasado de este suceso. En la capital del departamento de.... vivían Luisa y Eduardo, sin que se turbara su tranquilidad doméstica por ningún motivo.

Una mañana se hallaban Luisa y su amiga Laura conversando en una estancia.

—Laura mía, Dijo Luisa, ¿quién sabe qué me anuncia mi corazón! Desde que he visto á ese malvado en esta ciudad, no tengo gusto, y creo que... ¡Ay! yo temo mucho.

—Pero Eduardo no conoce á ese hombre; tú le dijiste que había muerto; él no ha de intentar volver á verte; luego ¿qué temes?

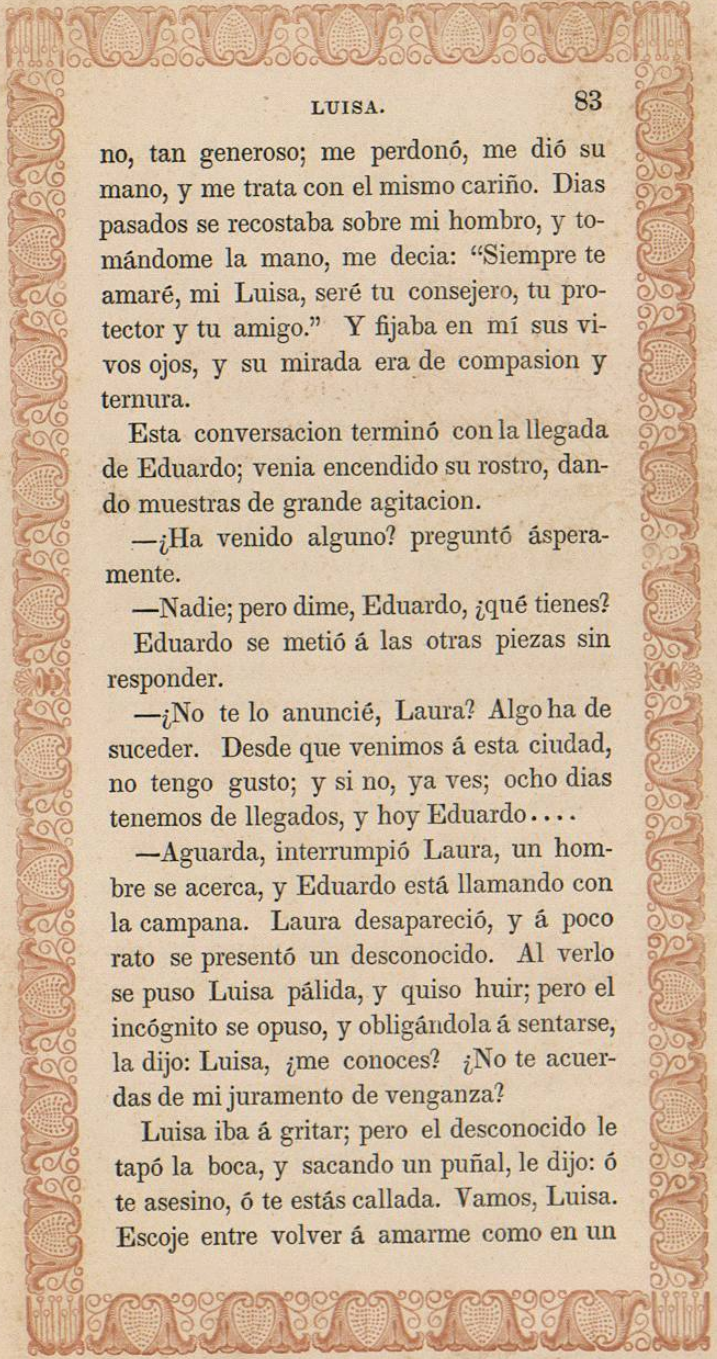
—Temo su venganza; porque oye, Laura, cuando yo volví en mí aquel día fatal, que nunca olvidó, le dije que lo abandonaba; él lloró, me suplicó que no hiciese tal cosa, y como me vió en extremo resuelta, me juró una venganza horrible.

—Es cierto; pero eso lo hizo en aquel tiempo, porque estaba apasionado; hoy no hará nada.

El es un infame, porque ya tu ves, él se me dió á conocer con un nombre supuesto, y despues supe que me engañaba; esto indica mucho.

—Pues no temas, Luisa....

—Yo lo temo todo por Eduardo, tan bue-



no, tan generoso; me perdonó, me dió su mano, y me trata con el mismo cariño. Dias pasados se recostaba sobre mi hombro, y tomándome la mano, me decia: "Siempre te amaré, mi Luisa, seré tu consejero, tu protector y tu amigo." Y fijaba en mí sus vivos ojos, y su mirada era de compasion y ternura.

Esta conversacion terminó con la llegada de Eduardo; venia encendido su rostro, dando muestras de grande agitacion.

—¿Ha venido alguno? preguntó ásperamente.

—Nadie; pero dime, Eduardo, ¿qué tienes?

Eduardo se metió á las otras piezas sin responder.

—¿No te lo anuncié, Laura? Algo ha de suceder. Desde que venimos á esta ciudad, no tengo gusto; y si no, ya ves; ocho dias tenemos de llegados, y hoy Eduardo....

—Aguarda, interrumpió Laura, un hombre se acerca, y Eduardo está llamando con la campana. Laura desapareció, y á poco rato se presentó un desconocido. Al verlo se puso Luisa pálida, y quiso huir; pero el incógnito se opuso, y obligándola á sentarse, la dijo: Luisa, ¿me conoces? ¿No te acuerdas de mi juramento de venganza?

Luisa iba á gritar; pero el desconocido le tapó la boca, y sacando un puñal, le dijo: ó te asesino, ó te estás callada. Vamos, Luisa. Escoje entre volver á amarme como en un

tiempo, ó la muerte del que sea tu esposo.

—Dejadme, decia Luisa con voz desfallecida; retiraos, que se acerca mi marido; por Dios que me dejéis.

—Pues decidete.

—Mi esposo llega; tened piedad de mí.

—Bien; pues oye: aquí me escondo tras esta cortina: si algo dijeres, morirá tu esposo.

—Y se ocultó rápidamente.

—Eduardo entró un tanto mas repuesto, acompañado de Laura; tomó asiento, y con tono afectado dijo á Luisa: perdóname, Luisa mia, si me atreví un instante á sospechar de tu fé; pero figúrate que cuando yo entraba en casa, salia violentamente de ella un hombre con sombrero calado hasta los ojos, muy embozado, y que al verme aligeró el paso, y se ausentó con rapidez. Mas Laura me jura que ningun hombre ha entrado.

—Es cierto, contestó Luisa.

—Pero, ¿qué tienes? Estás descolorida.

—Nada....sino como te ví entrar.... triste....

—Bien; pero tú te turbas, tienes los ojos lánguidos....y miras frecuentemente hácia esa cortina.

—No, no es nada, yo.... me repondré.

—No sé qué aire de misterio observo, dijo Eduardo. ¿Qué hay detras de esa cortina?

—Nada....oye, Eduardo....

—¿Cómo nada? si se mueve sin cesar.

—Escucha, Eduardo.

—No escucho.

Se levantó violentamente de su asiento, recorrió la cortina, y viendo á un hombre....no se pudo contener, sacó una pistola, y cuando el escondido trataba de salir, la bala le penetró el cráneo, y cayó en un lago de sangre. Despues, dirigiéndose á Luisa, le dijo: Pérfida, tú me has engañado; me vendias, cuando yo te perdoné....¡Ah! éste es seguramente tu seductor; dímelo.

—Si....él es....

—Y me decias que habia muerto.... Bueno, ahora sí ya murió; pero tú lo seguirás, y se precipitó sobre la inocente Luisa, sin que pudiera contenerlo Laura con todos sus esfuerzos. Luisa no opuso resistencia, y un puñal atravesó su pecho.

Despues Eduardo reconoció al que estaba oculto, y retrocedió dos pasos, clamando: ¡¡Era mi hermano!!....

Luisa no murió en el acto: cuando su infeliz esposo pudo acercarse á ella, oyó estas palabras:

“Eduardo, muero inocente....solo á tí amaba.... pero era preciso....que recibiéramos....tu hermano y yo....el castigo; él por haber marchitado mi pureza.... y yo por débil.

Despues, dirigiéndose á Laura, le dijo: “Amiga, huye de la seduccion,” y espiró.

RAMON DE LA SIERRA.